

Tenía demasiada hambre, tanta, que podía confundirse con un grave dolor. Pero él la estaba mirando y su corazón ardía. Sabía que, si apartaba la vista, se perdería todos los detalles de su rostro, como el leve parpadeo de sus ojos oscuros. Sin embargo, inconscientemente, su estómago la obligaba a ojear la mesa donde descansaba una roja y brillante manzana. ¿Cuándo iría a por ella? Quizá después de contemplar todas sus particularidades sería el momento idóneo. Volvió a cambiar su atención, esta vez centrándose en la calidez de sus brazos al sostenerla, y ahí descansó. Los minutos pasaron y el hambre creció. Cuando decidió ir a por la manzana, algo era diferente. Observó detenidamente y entonces supo que no era fruta lo que descansaba sobre la mesa. Latía y era suyo.